

Visión de Cristo en la poesía de Ribera Chevremont

Por LUIS MARTÍNEZ

El sentimiento religioso alienta vivamente en la lírica puertorriqueña. No hace mucho estudiamos la *Presencia de Dios en la poesía de Joglear Cacho*.¹ Muchos poetas nuestros se asoman al misterio y vuelven con las pupilas llenas de lumbres y fulgores. Se aíslan en sí mismos. Se centran en su propio espíritu porque saben que la sociedad los aleja de Dios y la soledad los acerca. Como dice el teólogo suizo Hans Urs von Balthasar «el cemento y el cristal no hablan de Dios. Las ciudades no trascienden. Devoran rápidamente y con avidez el paisaje que las rodea, transformándolo en un sucio y contaminado arrabal.»² Por eso nuestros bardos prefieren el campo donde la Divinidad parece revelarse, cada hora, en la luz y en el viento. Y se sienten en la ciudad como en una cárcel de lodo y ceniza, con las alas rotas y el aliento cortado.

Don Evaristo Ribera Chevremont posee una fina sensibilidad

1. Martínez, Dr. Luis, Discurso de incorporación a la Academia de Artes y Ciencias de Puerto Rico, *Boletín de la Academia de Artes y Ciencias*, pág. 103 y siguientes, San Juan de Puerto Rico, tomo VIII, núm. 1, marzo de 1972.

2. Urs von Balthasar, Hans, *El problema de Dios en el hombre actual*. Ediciones Guadarrama, Madrid 1960, p. 139.

religiosa.³ Confiesa que «Jesucristo llenó mi vida desde niño». «Cuando empecé a comprender qué es el hombre y qué es el mundo, me percaté de que Jesucristo representa para mí un elemento estético de primer orden.»⁴ Lo consideró siempre —como Vasconcelos— la belleza suma. Aclara que estudió su doctrina. Se adentró en su mensaje. Y llegó a El por el camino de lo bello. En Ribera Chevreumont alienta una especie de misticismo estético.

Ya en *Verbo* —publicado en 1947— el poeta tiene «la revelación de la luz del Universo»,⁵ dice Concha Meléndez. Siente al Señor como «voz en su voz» y «llama en su llama». Se asoma el místico —que se funde al Amado que es Cristo— en una síntesis de luz.

Posteriormente en *La llama pensativa* —que salió a los vientos en 1955— nos habla de Dios, del amor y de la muerte. El Creador cobra presencia en el canto y el canto vence a la muerte como un ángel bravío.

En *El semblante*⁶ —publicado en 1964— llega a la culminación el alma sentimiento. Ve a Cristo como la fuente de la hermosura. Considera que el hombre y la naturaleza no son más que el semblante de Dios. El Universo es la expresión de su Hacedor.

El poeta se sabe polvo. El ser no es más que barro inmundado. Pero con la mirada de Dios se vuelve ala, la arcilla se ilumina. Aclara que «el hombre, en estado de gracia, se iguala al aire y a la nube».⁷ Es decir, asciende. Todo se eleva en un vuelo de altura y de limpieza para llegar a la Divinidad.

3. Don Evaristo Ribera Chevreumont nació en San Juan de Puerto Rico en 1896. Es un autodidacta. Pero posee una amplia cultura literaria. Se ha desenvuelto siempre en un fino clima intelectual. Su padre hilvanó versos ocasionalmente. Su madre fue una mujer refinadísima. Don Evaristo es hombre de sensibilidad exquisita.

Se inició como posromántico. Después se inmersó en el Modernismo. Se asimiló, posteriormente, a las formas de vanguardia. Y, en esta hora, es un poeta personal, muy identificado consigo mismo y con su Insula. No se parece a nadie. Don Evaristo es sencillamente don Evaristo. Le ha sido siempre fiel a la poesía. Y estamos seguros que lo seguirá siendo hasta su muerte.

4. Ribera Chevreumont, Evaristo, *El semblante*, prólogo de Concha Meléndez, p. 27.

5. *Ibid.*, p. 17.

6. Ribera Chevreumont, Evaristo, *El semblante*, San Juan de Puerto Rico, Editorial Universitaria, Río Piedras, Puerto Rico, 1964.

7. *Ibid.*, *Ansiedad de cima*, p. 51.

Se identifica con Cristo. Dice:

*Su semblante es el mío. Y yo ya llego
a tenerle en el alma, en luz profunda;
y si yo lo circundo, él me circunda.
Y si fuego le doy, él me da fuego.*

*Si él me entrega sus ojos, yo le entrego
mis ojos; y la vida se me inunda
de su belleza; claridad que abunda.
Claridad que me envuelve y torna ciego.*

*Ciego para ver más en lo que miro
cuando él me mira más, y yo deliro,
contemplándole en ojos y en mirada.*

*Viéndole en mí, cuando en su amor me mira,
y, en ojos y en mirada, en mí delira.
El y yo en unidad: Tira y lazada.⁸*

Don Evaristo siente que la vida se le inunda de lumbres. Advina que hay una unidad entre Jesús y él. El amor lo traspasa y lo llena «como una llama de gracia».⁹ Los labios se le queman en una sed incesante de Dios. Arde en su sangre una pira secreta. Sabe que el ala —que «en mí vibra y vuela»—¹⁰ se le torna pávesa. Aspira a ascender, a llegar a un continente de gracia que sea como una fuente viva. Se refiere a la vida eterna, «a la vida que no muere».¹¹ Asevera que el misterio secreto de Jesús radica en su gracia. Sabe que «por su gracia es jugoso y es fecundo, / es generoso y es cabal el mundo».¹²

8. *Ibid.*, *Tira y lazada*, p. 40.

9. *Ibid.*, *Presencia*, p. 43.

10. *Ibid.*, *Amor mío en mi sed*, p. 46.

11. *Ibid.*, *El, el diamante*, p. 47.

12. *Ibid.*, *Origen de la gracia*, p. 50.

Ribera Chevreumont logra una visión poética de Cristo como los místicos. Así como fray Luis de León lo ve elevarse en el espacio —en su oda *En la ascensión*— «rompiendo el puro aire»,¹³ don Evaristo lo adivina ascender en una nube —«potro sin crin»— en un vuelo limpio y luminoso:

*Nube —potro sin crin— lo lleva en vuelo
de azul y rosa. Luz muy luz lo baña.
El cabello se encrespa y se amontaña.
Se encrespa y se amontaña. Se hace cielo.*

*El ojo —azul de azules— es entraña
del raudo fulminante del anhelo.
Lo que es fervor en él, transforma el suelo
—polvo de las tinieblas— en montaña.*

*Lo que es visible asciende y se perfila
en el semblante tan de amor. Se asila
en la luz. Luz azul y rosa exuda.*

*Y, dándose a los mundos más profundos,
—cala su amor los más profundos mundos—
radiante de sus gracias, se desnuda.¹⁴*

El bardo lo atisba con los ojos resplandecientes como si llevara adentro «un alba encendida» o «una luz volcada». ¹⁵ Le parece vislumbrar «su manto en púrpura y verde». ¹⁶ Los cabellos de oro refulgen. La piel —«perlada de sudores»— ¹⁷ fulgura. Todo en él relumbra, dice el poeta:

13. Fray Luis de León, *Poesías*, Buenos Aires, Editorial Pleamar, Selección y prólogo de Rafael Alberti, 1943, p. 70.

14. Ribera Chevreumont, Evaristo, *El semblante, Totalidad radiante*, p. 38.

15. *Ibid.*, *Estrella sangrante*, p. 39.

16. *Ibid.*, *Descripción*, p. 55.

17. *Ibid.*, p. 55.

*Los pliegues de su manto en gallardía.
Manto en púrpura y verde. Es de finura.
El rosa en la figura. ¡Qué dulzura!
Así se da la majestad del día.*

*Oros solares el cabello envía
a la frente que es pura en su blancura.
El ojo es de infinito. Dice altura;
y, en redondez de azul, es armonía.*

*La piel —piel emperlada de sudores—
se exorna con matices y esplendores
que, en el conjunto, la armonía ordena.*

*Todo él relumbra, de cabello a cuello.
Lo excelsamente púdico en lo bello,
lo hace gracia. Es la gracia que lo llena.¹⁸*

Su fervor lo lleva a darnos su estampa una y otra vez. En el soneto *Llama en sus labios* vuelve sobre la figura del Nazareno. Lo adivina con un iris de paz en las pupilas. Los labios son como ascuas. Al musitar las palabras parece que se le sale una paloma en llamas de la boca. La epidermis reluce como si estuviera amasada con cristales y espumas. Los párpados son pétalos. Las mejillas, nácares inviolados. Nos da —como Santa Teresa— una visión deslumbradora de Jesús. La Mística Doctora dice que al percibir al Amado «hay una luz tan diferente de la de acá que, parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos, en comparación con aquella claridad y luz que representa a la vista, que no se querrían abrir los ojos después. Es como ver un agua muy clara que corre sobre cristal y reverbera en ella el sol, a una muy turbia y con gran nublado y corre por encima de la tierra. No porque se representa sol, ni la luz es como la del sol; parece, en fin, luz natural y estotra cosa artificial; es luz que no tiene noche, sino que, como siempre es luz, no la turba nada. En fin, es de suerte que, por gran entendimiento que una persona tuviese, en todos los días de su vida podría imaginar cómo es».¹⁹

18. *Ibid.*, *Descripción*, p. 55.

19. Santa Teresa de Jesús, *Obras completas, Libro de la vida*, capítulo 28, p. 112, Madrid, Editorial Biblioteca de Autores cristianos, 1962.

A don Evaristo el lenguaje se le llena de lumbres. El vocabulario cobra los más diversos colores. La palabra se le hace música intocada. Resplandores secretos reverberan en su lengua.

Comprende que, tal vez, sus ojos oscuros de hombre no puedan captar la visión cabal de Jesús. Pero tiene el alma pura para verle. Su espíritu lo descubre dentro del propio seno del misterio. Y el Señor —en un derroche de gracia— le revela «sus secretas interioridades».

Confiesa que no hay cadenas como las de su amor: «Dan gozo y vida.»²⁰ El Señor es único y singular. No hay medida igual a la suya, ni figura que se le iguale. Su molde es sólo suyo.

El bardo se sabe atado a la tierra. Pero se percata de que sus amarras se aflojan. El amor lo estremece. Se vale de la imagen del río y del mar para darnos poéticamente su relación con Cristo. El es el río. Jesús es el mar —ancho y acogedor— donde iremos todos los que le amamos. Afirma que el poder del Señor será eterno: «Su imperio no es imperio de una hora.» «Su imperio eternidades ilumina.»²¹ Lo define como *gracia que es gracia en gracia*.²² El mundo es un espejo donde se refleja el rostro maravilloso del Creador.

DIOS Y EL UNIVERSO

Ribera Chevremont considera a Dios como el cimiento del universo: La base y el sostén del mundo. Dice que es «el fundamento del cósmico edificio».²³ Aclara que su voluntad —«jamás avasallada»²⁴— gobierna al universo. Sustenta que el orden y la armonía del cosmos responden a las leyes secretas del Creador. Enfatiza: «Alguien manda, dispone y concatena.»²⁵ Y esa voluntad suprema es Dios, que rige los destinos del orbe y de los hombres. Reitera:

20. Ribera Chevremont, Evaristo, *El semblante, Exclamativo arrobamiento*, p. 69.

21. *Ibid.*, *Sol y mirasol*, p. 58.

22. *Ibid.*, *Voluntad gozosa*, p. 59.

23. *Ibid.*, *Sucesión de gracias*, p. 78.

24. *Ibid.*, p. 78.

25. *Ibid.*, *Gracia jubilosa*, p. 42.

*Mundo que resplandece, vibra y suena.
Nubes en rosas y en argento. Viento
de entusiastas impulsos en su aliento.
Mar que revuelve caracol y arena.*

*Mundo ceñido al número, que ordena.
Sapiente y acordado entroncamiento.
Formas y formas en el movimiento.
Alguien manda, dispone y concatena.*

*Todo se da. Todo se da y se expande;
y es desde lo pequeño hasta lo grande,
espíritu que a espíritu se liga.*

*Todo es gracia y por gracia se mantiene:
desde la luz que de los cielos viene
hasta la luz brotada de la espiga.*²⁶

Adivina a Dios en todo. No sólo en las grandes cosas, sino en las pequeñas. Lo minúsculo se llena también de su presencia. Está en lo pasajero, en lo intrascendente, en «el hilo de la araña» y en «el rehilo de las aves en cópula».²⁷ Lo presente en lo que se fuga, en lo efímero, en lo evanescente. Aclara que «se le siente en lo que es como soplo del universo».²⁸ La omnipresencia de Dios llena todos los ámbitos. No hay un rincón —por recoleto y callado que sea— en que no se perciba su aliento, según el poeta.

Tiene, además, el don de hermosearlo todo. Si vuelve los ojos a la rosa, su púrpura se encenderá más. Si clava su pupila en lo azul, se incrementarán el color y la forma. «Todo en El es más»,²⁹ asevera el bardo con fruición.

26. *Ibid.*, p. 42.

27. *Ibid.*, *Canto y presencia*, p. 88.

28. *Ibid.*, p. 88.

29. *Ibid.*, *Poderes del semblante*, p. 91.

EL CANTO COMO MENSAJE

El poeta se sabe arcilla oscura. Somos tierra y ceniza. Sin embargo, intuye que «es polvo que en canto se levanta». Su poesía —insiste don Evaristo— «no es canto de palabras, sino canto de espíritu».³⁰ Por eso obra el milagro de elevarlo hasta Dios. Ansía ascender, romper las ligaduras terrenales, volar sobre la estrella y la paloma, para llegar a Cristo. Anhela beber «el agua perdurable» de que nos habla San Juan de la Cruz. Se refiere a la vida eterna. Para él esta linfa es puerta que le abrirá los misterios del ultramundo.

Cree en el poder del amor. «El amor, que es amor sin aire impuro —nos dice— da virtud al espíritu.»³¹ A él lo transfigura. Afirma que «me conduce a tal zona de tenura, / que en mí lo más secreto se revela».³² Considera que el canto es un orbe cerrado —«mundo en oro y azul»—³³ que conduce al Señor. Podría reiterar con Vasconcelos, el filósofo mejicano, que «la poesía es aquella parte del arte que por medio de la palabra y del ritmo ensaya transmutar lo real en lo divino».³⁴ El verso, para él, debe ser «gama, gema, metal y mármol». Es un devoto del color. Afirma que el poema es «amor, pintura, orfebrería y escultura».³⁵ En la literatura se sintetizan todas las artes. Pero, sobre todo, la música y el color. Don Evaristo siente el regusto de los vocablos. Los amasa como si fueran un material sinfónico. Además posee una rica pupila pictórica. Descubre matices insospechados en lo que le rodea. En la paleta de su voz saltan —como mariposas fugitivas— perlas, rubíes, nácares, marfiles, zafiros, diamantes, etcétera. Léase su soneto *Síntesis trascendental* que es como un rosario de piedras preciosas:

30. *Ibid.*, *Rastro de la voz*, p. 84.

31. *Ibid.*, *Comunión*, p. 92.

32. *Ibid.*, *Palabra y pensamiento*, p. 95.

33. *Ibid.*, *Instante del canto*, p. 97.

34. Vasconcelos, José, *Estética, Obras completas*, p. 1.667.

35. Ribera Chevremont, Evaristo, *El semblante, Presentación del color*, p. 98.

*Si es el mayor zafiro el que destila
su puro azul celeste en el diamante,
y el diamante se vuelve más brillante
porque es mayor diamante en su pupila.*

*Si es la perla mayor la que se asila
en el párpado leve del amante;
y en cerco de pestañas, centelleante
de amor, en mayor oro se encandila.*

*Si es el rubí mayor el que, en decoro
de nácar, da su fuego en igual oro
y es del mayor marfil el mayor guarda.*

*Yo, amante de rubí, perla, zafiro,
diamante, oro y marfil, su fausto admiro,
y doyme el gusto de lo que él me guarda.³⁶*

El se sabe un mundo aparte con su canto. Vuelve su mirada sobre sí mismo y no se encuentra. Se escrudiña, se observa, se atisba. Y, de pronto, viene la revelación por la vía de lo poético. Le brota «lo infinito en chispazo de mi adentro».³⁷ Es la lumbre de Dios que todos llevamos en lo más secreto de nosotros mismos.

Comprende que un aliento divino estremece al poeta. No ignora que «somos materia». Pero «nos rebasa Dios que nos hace a su divino modo».³⁸ Se identifica con el Señor. Siente que un lazo estrecho e inescrutable lo ata a la Divinidad. Confiesa que Cristo «está en mí y yo en El». «Se llena mi vida de su vida»,³⁹ nos dice al modo teresiano. Aclara que «El, en el universo, es la corola; / y yo, en el universo, soy el tallo».⁴⁰ Su identificación llega a tal extremo que siente la sangre de Cristo en sus propias linfas.

Reitera que todo posee un sentido oculto, secreto, que tiene

36. *Ibid.*, p. 37.

37. *Ibid.*, *Chispazo de mi adentro*, p. 101.

38. *Ibid.*, *Canto de la materia*, p. 102.

39. *Ibid.*, *Gracia traslumbrante*, p. 103.

40. *Ibid.*, *Ibid.*, p. 103.

su clave en el Señor. El mundo y los hombres son obras del Creador. «Lo máximo y lo mínimo en su enlace / producen lo que es vida.»⁴¹ Todo está encendido y penetrado por Dios.

Evaristo Ribera Chevremont se revela como un místico acendrado que se acerca al Señor —y se funde con Él— en alas de la belleza. La fe es su espuela. Pero no es el motor que lo impulsa a la unión como a Santa Teresa. A él lo mueve el sentimiento de lo bello. Dios es la suma belleza, la cifra y clave de su canto. Llega al conocimiento de la Divinidad por los caminos de la poesía. De aquí la belleza de sus visiones y la calidad de sus imágenes. La naturaleza cobra en estos poemas un aliento religioso que lo acerca al Señor. Todo se viste de hermosura como dice San Juan de la Cruz. El Amado pasa por sus palabras y las transfigura. Las ilumina y las acendra. Su lenguaje se torna angélico. Y es que el bardo, a través de los ochenta y cinco sonetos de *El semblante*, logra superar sus límites humanos y fundirse con Dios como «llama de su llama» y «lumbre de su lumbre».

41. *Ibid.*, *Vida en todo*, p. 108.